EL TERRITORIO ELÁSTICO: APRENDER DE LO TRADICIONAL PARA ADAPTARNOS

Posted on 29/10/2026 by Julia Juan Irazustabarrena

Durante décadas hemos diseñado el territorio como si fuera posible controlar por completo lo que sucede en él. Asfaltamos llanuras de inundación, enterramos ríos bajo losas de hormigón y diseñamos ciudades impermeables, convencidos de que cualquier anomalía climática podía resolverse expulsando el exceso lo antes posible, lejos de nuestra vista. La disponibilidad de energía y el desarrollo de sistemas constructivos cada vez más sofisticados nos hicieron creer que podíamos proyectar de espaldas a la geografía que habitamos.

Hoy, esa ficción se ha quebrado. Convivimos con sequías severas seguidas de episodios de lluvias torrenciales, fenómenos como las DANA y olas de calor que transforman las calles en espacios especialmente vulnerables. El modelo reactivo tradicional ya no resulta suficiente: la respuesta no puede limitarse a enterrar colectores de mayor capacidad o levantar muros de contención más altos. La resiliencia requiere otra forma de intervenir, basada en la capacidad de adaptación del territorio.

La lección de lo vernáculo: de la lógica tradicional a las Soluciones Basadas en la Naturaleza

Esta búsqueda de nuevas formas de adaptación no exige inventar soluciones desde cero; supone reconectar con una memoria territorial que el planteamiento moderno fue dejando en segundo plano.

Los asentamientos históricos no disponían de la capacidad técnica que hoy tenemos para transformar las condiciones del lugar. Construir implicaba, por tanto, entender primero el territorio, negociar con su entorno y adaptar la arquitectura a sus límites.

Las terrazas de cultivo, los bancales de retención en ladera, los sistemas de acequias de careo —capaces de infiltrar agua en cumbres para aflorarla meses después en los valles— y la orientación condicionada por vientos dominantes y cotas históricas de crecida evidencian esta actitud. Las comunidades tradicionales asumían las preexistencias físicas como condiciones directas de proyecto, identificando dónde el suelo requería porosidad y cuándo el agua exigía su propio espacio.

Las Soluciones Basadas en la Naturaleza (SbN) constituyen el marco técnico contemporáneo para incorporar esta misma lógica al diseño urbano. Casos consolidados en el norte de Europa, como la plaza Benthemplein en Rotterdam (De Urbanisten) o el parque Enghaveparken en Copenhague (Tredje Natur), muestran que la inundabilidad puede ser un parámetro activo de diseño. Esta misma lógica empieza a encontrar ejemplos próximos en Euskadi, donde intervenciones como el parque fluvial de Txomin Enea en Donostia, diseñado como llanura de inundación controlada frente a las crecidas del Urumea, o la integración de Sistemas Urbanos de Drenaje Sostenible (SUDS) en la urbanización de la plaza Arteleku incorporan el agua y la renaturalización al proyecto urbano. Estos espacios funcionan, en el día a día, como zonas cívicas y de esparcimiento; pero ante precipitaciones extremas permiten retener y laminar la escorrentía, protegiendo el tejido urbano colindante.

La métrica del territorio poroso: evaluar la adaptación urbana

Para integrar este enfoque en las políticas públicas contemporáneas, es imprescindible cuantificar sus impactos. Los datos permiten identificar las áreas de mayor vulnerabilidad, comprobar qué soluciones funcionan y evaluar su comportamiento a lo largo del tiempo, orientando la inversión hacia infraestructuras más porosas y adaptativas.

Uno de los indicadores clave es la capacidad de retención hídrica del suelo. En tejidos urbanos consolidados con una elevada impermeabilización, los Sistemas de Drenaje Sostenible (SUDS) -como zanjas filtrantes, jardines de lluvia o pavimentos permeables- permiten retener parte del agua en origen y reducir el volumen de escorrentía que llega a la red de saneamiento. En determinadas condiciones, esta retención puede amortiguar de forma significativa los picos de caudal, reduciendo la presión sobre los colectores y la necesidad de ampliar las infraestructuras convencionales. Evaluadas a medio y largo plazo, estas soluciones pueden ofrecer también ventajas económicas y ambientales frente a determinadas actuaciones de obra civil.

Pero la adaptación no pasa solo por gestionar el agua. La recuperación de superficies permeables, estratos vegetales y arbolado de sombra contribuye a reducir el efecto isla de calor y a mejorar el confort térmico del espacio urbano. Proyectos de reconversión de viarios en corredores verdes, como el desarrollado en la calle María Díaz de Haro en Bilbao, muestran el potencial de estas intervenciones para mejorar las condiciones térmicas del entorno y el confort de las personas, además de contribuir a reducir la demanda energética de los edificios próximos.

Medir estos impactos implica, por tanto, ampliar la forma en que evaluamos la infraestructura urbana. Ya no basta con calcular cuánto cuesta una intervención o cuánta agua es capaz de evacuar; también importa cuánta agua puede retener el suelo, qué confort térmico proporciona un espacio y qué beneficios ambientales, sociales y económicos genera. Las métricas dejan así de ser una herramienta de comprobación posterior para convertirse en un instrumento que permite decidir dónde y cómo intervenir.

De la norma europea a la escala municipal

Esta lógica ya ha llegado al marco normativo europeo. El Reglamento Europeo de Restauración de la Naturaleza establece objetivos vinculantes para recuperar los ecosistemas urbanos y evitar la pérdida neta de superficie verde y cobertura arbórea para 2030. La restauración ecológica deja así de ser solo una estrategia ambiental y empieza a formar parte de la planificación urbana.

Pero llevar estos objetivos al territorio no es sencillo. Las competencias siguen fragmentadas: el agua depende de las confederaciones; las zonas verdes, de parques y jardines; la ordenación, de urbanismo. Una crecida o una ola de calor, sin embargo, no entienden de estos límites. La adaptación necesita coordinar estas miradas y traducirlas en decisiones concretas sobre el espacio urbano.

En Euskadi, iniciativas como la Red de municipios Udalsarea 2030 muestran el valor de este acompañamiento a escala local. El reto es que objetivos como recuperar la permeabilidad del suelo, gestionar el agua en origen o aumentar la sombra de las calles dejen de ser únicamente estrategias y se incorporen al propio proyecto urbano.

Una transformación de mirada

Esta transición no requiere tecnologías complejas ni décadas de desarrollo. Exige un cambio de paradigma, una transformación cultural: volver a observar y leer el entorno. Diagnosticar a fondo la geografía, la orografía, la hidrografía y las dinámicas del clima. Y, en lugar de blindar la ciudad para resistir los fenómenos extremos o reaccionar tarde, cuando el daño ya está hecho, proyectar el territorio para que aprenda a convivir con ellos, amortiguando sus efectos de forma natural y adaptándose a las condiciones propias de cada lugar.

Construir resiliencia urbana no consiste en levantar defensas rígidas, sino en devolverle al suelo su capacidad innata de filtrar, respirar y acoger. Significa comprender el territorio como un sistema vivo capaz de coexistir, en equilibrio, con su propia incertidumbre.